

El Escoces

Al principio no escuchamos los golpes en el portalón del acoplado, porque a la vez cae un rayo fulminante que ilumina todas las rendijas y ensordece la guitarra del Hueso.

Abrimos. Una figura flaca y encorvada bajo un poncho aparece entre la lluvia y los relámpagos. Los ojos son muy azules y chiquitos bajo las cejas grandes y blancas. O la nariz es muy grande.

Los mochileros nos habíamos amontonado en la carga conforme se anticipaba la tormenta. El chofer ronca, del otro lado, en su cabina.

El camión había quedado varado en las afueras de Río Turbio. Esperábamos con impaciencia la llegada de la mañana. Buscaríamos algo de leña que se hubiera salvado del agua, para encender fuego y cocinar la esperada polenta.

El escocés se mantiene reservado y desconfiado. No está seguro cuanto recuerdan en la Patagonia la guerra de Malvinas. Por si acaso habla poco y trata de no hacer ruido mientras seca el poncho.

La polenta. Llevamos horas sin poder cocinar. Se me hace agua a la boca imaginarla burbujeando en la ollita. Pero habrá que esperar nomás.

El escoces escuetamente saca un pequeño quemador de butano. En un minuto arma una minúscula olla y se cocina una sopa. Hoy se compran en cualquier supermercado, pero a finales de los 80, el equipo era impensablemente sofisticado. Los ojos de los mochileros se abren del asombro. Las narices se dilatan.

¡Que maravilla! Quién pudiera en cualquier rincón armar un pequeño vivac, sin depender de leña húmeda. ¿Cuanto tiempo pasará hasta que lleguen a estas tierras semejante adelanto?

El escoces algo intuye. Levanta la vista y contempla nuestras miradas huidizas, que van de su rincón iluminado por las llamitas azules, a la guitarra, súbitamente desacompañada. Nos avergüenza desear tanto su milagroso aparejo. No somos ladrones, solamente chicos de 18 años fuera de casa por demasiado tiempo. Los minutos pasan largos mientras el viejo revuelve concentrado su olla.

En algún momento el escoces sonrío, como recordando algo. Saca un cortaplumas y dos latas de gaseosa, vacías. Corta fácilmente el delgado aluminio de una de las latas por la mitad y embute la parte superior con la inferior. Traza unos agujeros en el borde superior y calcula la entrada de aire. Descabeza la segunda lata, y la encaja firmemente sobre el improvisado mechero, aprovechando que las latas están diseñadas para apilarse. Muestra el ingenio y pregunta:

– ¿Pibe tiene alcohol?

Siempre tenemos en los pequeños botiquines. Nadie le niega alcohol a un mochilero.

Nos atropellamos todos para alcanzar la puerta. Volvemos empapados, pero con dos latas cada uno, obtenidas de la basura, medio lavadas con detergente a las apuradas.

Hay que tener paciencia: el alcohol quema muy despacio, pero al cabo de media hora, uno disfruta de sus fideos, otro de un té, alguien hierve una sopa de quaker, y yo disfruto de mi polenta. Raciones personales calientes de 330 cm³, en el acto. Imagino las posibilidades: a la vera de la ruta, sin tener que apagar apresuradamente el fuego ni tizar la olla, cada vez que un camión se detiene. La lata permanece caliente y se puede comer en cualquier rincón de las estaciones de servicio, sin llamar la atención ni ensuciar: Un soplido basta para apagar el mechero. Mechero y lata son sorprendentemente estables.

Me animo a preguntar:

– ¿Mister, cuánto tiempo lleva viajando?

No estoy seguro si ha entendido la pregunta

– ... Trreinta annios – contesta al final.

Nosotros llevamos apenas dos meses, y sabemos que en cuanto termine el hechizo de LaPataia, volveremos mas bien apurados a tomar la ruta 3.

– Pero... ¿por qué?

Los ojos del viejo miran al vacío, mas allá del tiempo y de este rincón del planeta. Las llamas del alcohol titilan, y finalmente se apagan. Escucho en la oscuridad:

– Parrra olvidar.

En la mañana nos despierta el olor del diesel y el motor carraspeando. El sol ha salido y se filtra por las tablas de la carga. El agua es un recuerdo, y el escoces ha desaparecido

A veces creo que formaba parte de la tormenta.